



LLAMADA
DE MEDIANOCHÉ

INSTITUTO BÍBLICO ONLINE

MATRIMONIO Y FAMILIA

EXPONE

• Gabriel Gómez •



Llamada de Medianoche Uruguay



+598 99 000 540



LlamadaWeb.org



Clase 3

III. Los roles familiares

1. El rol del esposo y padre
2. El rol de la esposa y madre
3. El rol de los hijos



III. Los roles familiares

1. El rol del esposo y padre

Primera de Timoteo 3:4-5 recomienda a los obispos a gobernar bien su casa y que tenga en sujeción a sus hijos con toda honestidad. Sin duda, este es también un mandamiento para todo padre de familia como líder de su hogar.

Dios nos da el mejor ejemplo de paternidad. Jesús mismo nos ha mostrado a Dios como Padre, tanto el suyo como el nuestro. Por otra parte, ha dejado en la Biblia una serie de enseñanzas en el Antiguo Testamento representadas en las figuras de Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, Josué, etc.; y en el Nuevo Testamento a través de las cartas apostólicas, específicamente acerca del funcionamiento de la familia y el rol de los padres.

La figura del esposo se muestra también en ambos pactos. En el Antiguo Testamento se ve a Dios como el esposo de Israel, mientras que en el Nuevo, Cristo es el esposo de la iglesia.

Podemos extraer de las Escrituras doce roles para el esposo y padre de familia:

1. El esposo está llamado a servir como cabeza de la familia

Dios ha puesto un orden en la organización de la familia. El hecho de que el hombre sea la cabeza de la familia no significa superioridad, sino orden de procedencia. La Biblia dice que la mujer procede del varón por ser creada de su costilla, pero no solo eso, sino que además enseña que la mujer fue creada por causa del hombre, por la necesidad que tenía de una compañera. Es en base a esto que el apóstol Pablo fundamenta su posición respecto al rol del hombre en el orden familiar: *“Pero quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer, y Dios la cabeza de Cristo [...]. Porque el varón no debe cubrirse la cabeza, pues él es imagen y gloria de Dios; pero la mujer es gloria del varón. Porque el varón no procede de la mujer, sino la mujer del varón, y tampoco el varón fue creado por causa de la mujer, sino la mujer por causa del varón”* (1 Co. 11:3, 7-9).

Pablo también hace una comparación entre el matrimonio y la relación de Cristo con la iglesia. Así como Cristo es cabeza, es decir, la autoridad sobre su cuerpo (la iglesia), el hombre es cabeza de la mujer. Ahora, este rol da derechos al hombre, pero también responsabilidades, entre los que están el cuidado espiritual de su esposa y la provisión para la familia, entre otros: *“... porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador”* (Ef. 5:23).



Podemos ver cómo en el Edén el hombre tuvo un papel pasivo frente a la mujer, accediendo a probar del fruto prohibido. Luego del juicio de Dios, la mujer quedó sujeta a la voluntad del marido: *“A la mujer dijo: Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces; con dolor darás a luz a tus hijos; y tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti”* (Gn. 3:16).

Una pregunta que podemos hacernos es la siguiente: ¿la cruz de Cristo elimina la autoridad del hombre sobre la mujer? El único pasaje referente a esto es Gálatas 3:23-29: *“Pero antes que viniese la fe, estábamos confinados bajo la ley, encerrados para aquella fe que iba a ser revelada. De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe. Pero venida la fe, ya no estamos bajo ayo, pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa”*.

Lo que este pasaje enseña es que nunca debemos interpretar una posición de autoridad como un privilegio. En 1 Pedro 5:2-3, Pedro habla de la tarea del anciano: *“... apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey”*. También el Señor nos enseña en Mateo 20:25-28: *“Entonces Jesús, llamándolos, dijo: Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos”*.

No solo el varón, sino que todos los miembros de la familia están para servirse mutuamente con amor y respeto, y servir a Dios: *“Y si mal os parece servir a Jehová, escoged hoy a quién sirváis; si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres cuando estuvieron al otro lado del río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; pero yo y mi casa serviremos a Jehová”* (Jos. 24:15).

2. El esposo está llamado a proveer dirección espiritual a su familia

El padre y esposo tiene la obligación de dar dirección a su familia. Debe indicar el camino justo y verdadero que indican las Escrituras: *“Porque yo sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio, para que haga venir Jehová sobre Abraham lo que ha hablado acerca de él”* (Gn. 18:19).

El varón debe mostrar a los suyos sus errores y pecados: *“Dijo Dios a Jacob: Levántate y sube*



a Bet-el, y quédate allí; y haz allí un altar al Dios que te apareció cuando huías de tu hermano Esaú. Entonces Jacob dijo a su familia y a todos los que con él estaban: Quitad los dioses ajenos que hay entre vosotros, y limpiaos, y mudad vuestros vestidos. Y levantémonos, y subamos a Bet-el; y haré allí altar al Dios que me respondió en el día de mi angustia, y ha estado conmigo en el camino que he andado. Así dieron a Jacob todos los dioses ajenos que había en poder de ellos, y los zarcillos que estaban en sus orejas; y Jacob los escondió debajo de una encina que estaba junto a Siquem. Y salieron, y el terror de Dios estuvo sobre las ciudades que había en sus alrededores, y no persiguieron a los hijos de Jacob. Y llegó Jacob a Luz, que está en tierra de Canaán (esta es Bet-el), él y todo el pueblo que con él estaba. Y edificó allí un altar, y llamó al lugar Elbet-el, porque allí le había aparecido Dios, cuando huía de su hermano” (Gn. 35:1-7).

También, en el sentido espiritual, el padre de familia cumple un rol sacerdotal, propiciando y dirigiendo el culto a Dios en medio de su familia: “Después subió el varón Elcana con toda su familia, para ofrecer a Jehová el sacrificio acostumbrado y su voto” (1 S. 1:21).

3. El padre está llamado a bendecir a sus descendientes

El padre tiene el deber de bendecir a su familia: “Y despertó Noé de su embriaguez, y supo lo que le había hecho su hijo más joven, y dijo: Maldito sea Canaán; siervo de siervos será a sus hermanos. Dijo más: Bendito por Jehová mi Dios sea Sem, y sea Canaán su siervo. Engrandezca Dios a Jafet, y habite en las tiendas de Sem, y sea Canaán su siervo” (Gn. 9:24-27).

Este pasaje bíblico nos cuenta que uno de los hijos de Noé vio su desnudez (un eufemismo para decir que abusó sexualmente de su padre), mientras que sus hermanos cubrieron su desnudez, es decir, no se aprovecharon de él.

La palabra en hebreo para “bendecir” es *berak*, con el significado de ‘hablar bien’. Esto puede verse claramente en latín, de donde proviene la palabra del español: *bene dictio* o *benedictus*, lo que más tarde tomó también el significado de “desear algo bueno”. Dar una bendición es proteger y ser benevolente mediante el poder de la palabra fundamentada en el mensaje divino.

Hebreos 11:20 dice que “... por la fe bendijo Isaac a Jacob y Esaú respecto a cosas venideras”. Todo padre debe bendecir a sus hijos y esposa, así como el padre espiritual debe hacer también con sus discípulos.

4. El esposo y padre está llamado a orar por su familia

David oró a Dios de esta manera: “Ahora pues, Jehová Dios, confirma para siempre la palabra que has hablado sobre tu siervo y sobre su casa, y haz conforme a lo que has dicho. Que sea engrandecido tu nombre para siempre, y se diga: Jehová de los ejércitos es Dios sobre Israel; y que la casa de tu siervo David sea firme delante de ti. Porque tú, Jehová de los ejércitos, Dios de Israel, revelaste al



oído de tu siervo, diciendo: Yo te edificaré casa. Por esto tu siervo ha hallado en su corazón valor para hacer delante de ti esta súplica. Ahora pues, Jehová Dios, tú eres Dios, y tus palabras son verdad, y tú has prometido este bien a tu siervo. Ten ahora a bien bendecir la casa de tu siervo, para que permanezca perpetuamente delante de ti, porque tú, Jehová Dios, lo has dicho, y con tu bendición será bendita la casa de tu siervo para siempre” (2 S. 7:25-29).

Más adelante en la historia, cuando David pecó acostándose con la esposa de Urías, el niño recién nacido de esta relación enfermó gravemente, entonces David oró y ayunó por el niño, y pasó la noche acostado en tierra (2 Samuel 12:16).

David bendecía con sus palabras a Salomón: *“Ahora pues, hijo mío, Jehová esté contigo, y seas prosperado, y edifiques casa a Jehová tu Dios, como él ha dicho de ti. Y Jehová te dé entendimiento y prudencia, para que cuando gobiernes a Israel, guardes la ley de Jehová tu Dios” (1 Cró. 22:11, 12), pero estas palabras estaban respaldadas en sus oraciones: “Jehová, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel nuestros padres, conserva perpetuamente esta voluntad del corazón de tu pueblo, y encamina su corazón a ti. Asimismo da a mi hijo Salomón corazón perfecto, para que guarde tus mandamientos, tus testimonios y tus estatutos, y para que haga todas las cosas, y te edifique la casa para la cual yo he hecho preparativos” (1 Cró. 29:18, 19).*

El deber de todo padre y esposo es ejercer como sacerdote ante Dios, intercediendo por su familia. Los deberes básicos del padre cristiano es dirigir, bendecir y orar por ellos.

5. El esposo y padre cristiano está llamado a liderar primero a su familia

La Primera carta a Timoteo presenta los requisitos para los obispos, los cuales tienen un paralelismo directo con el rol del hombre en la familia: *“... que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad (pues el que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la iglesia de Dios?)” (1 Ti. 3:4-5).* Lo mismo ocurre con los requisitos para el diaconado: *“Los diáconos sean maridos de una sola mujer, y que gobiernen bien sus hijos y sus casas” (1 Ti. 3:12).*

No puede el hombre cumplir con ningún tipo de liderazgo si antes no lidera bien su casa. Los hombres en general deben ser ejemplo por medio del cumplimiento de los roles familiares.

6. El esposo cristiano está llamado a amar, comprender, honrar y ser leal a su esposa

Efesios 5 ordena al hombre guardar las siguientes normas de conducta ante su esposa: *“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella [...]. Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia [...]. Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido” (Ef. 5:25, 28, 29, 33).*



De acuerdo con la Palabra de Dios, el esposo cristiano debe amar a su mujer hasta dar su vida por ella, es decir, hasta negar sus propios gustos para satisfacer a su esposa. Sin duda, este tipo de conducta hace que el matrimonio sea perpetuo, gracias a la comprensión y aceptación mutua. El esposo cristiano está dispuesto a dar la vida por su esposa, no solo en martirio, sino también negándose a sí mismo.

El esposo además tiene la obligación de sustentar a su mujer en el aspecto físico, psicológico y espiritual, de cuidar a su esposa ante cualquier agresión y en tiempos de enfermedad. Por otro lado, debe evitar ser áspero o grosero con ella, honrando siempre a su mujer. Esto es actuar con sabiduría y compañerismo, pues su esposa es su compañera de camino y coheredera de la gracia de Dios. Por último, el esposo tiene la obligación de mantener una vida devocional con su esposa y orar a diario con ella.

7. El padre cristiano está llamado a ofrecer instrucción espiritual a los hijos

Génesis 18:19 dice: *“Porque yo sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio, para que haga venir Jehová sobre Abraham lo que ha hablado acerca de él”*.

La tarea del padre con sus hijos son las siguientes:

- a) Repetir la enseñanza bíblica a sus hijos.
- b) Hablarles acerca de Jesús y su evangelio: *“Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes”* (Dt. 6:6, 7).
- c) Hablar en todo momento a los hijos sobre la Palabra de Dios.
- d) Enseñar a hacer lo correcto ante Dios: *“Él estableció testimonio en Jacob, y puso ley en Israel, la cual mandó a nuestros padres que la notificasen a sus hijos”* (Sal. 78:5).
- e) Enseñarles a relacionar cada circunstancia de la vida con la fe cristiana.
- f) Instarlos a comunicarse con Dios por medio de la oración.
- g) Contar a los hijos los testimonios del Señor en su vida: *“Oh Dios, con nuestros oídos hemos oído, nuestros padres nos han contado, la obra que hiciste en sus días, en los tiempos antiguos”* (Sal. 44:1).

8. El padre está llamado a mostrar cuidado y compasión a los hijos

Salmos 103:13 dice: *“Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen”*.

Las obligaciones del padre respecto a esto son las siguientes:

- a) Aplicar la gracia y el amor en la educación y formación de los hijos.
- b) Enseñar el respeto a los mayores, sobre todo a los abuelos y maestros.



c) Exhortar a los hijos a hacer el bien y cumplir los mandamientos del Señor.

d) Consolar a los niños en sus sufrimientos y enfermedades como el Padre celestial hace con sus hijos: “... *así como también sabéis de qué modo, como el padre a sus hijos, exhortábamos y consolábamos a cada uno de vosotros*” (1 Ts. 2:11).

9. El padre está llamado a disciplinar a los hijos

Proverbios 13:24 dice: “*El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige*”.

Las obligaciones del padre respecto a la disciplina de sus hijos son las siguientes:

a) Enseñar la disciplina y la obediencia a Dios por medio de la obediencia a los padres.

b) Corregir por medio de la exhortación y el castigo a los hijos cuando ellos desobedecen o actúan incorrectamente: “*Castiga a tu hijo en tanto que hay esperanza; mas no se apresure tu alma para destruirlo*” (Pr. 19:18).

10. El padre tiene la obligación de no airar ni desesperar a los hijos

Efesios 6:4 nos exhorta de la siguiente manera: “*Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor*”.

En este sentido, el padre debe:

a) Dar un buen ejemplo de lo correcto a sus hijos.

b) Ser justo en la disciplina, sin airarse ni ofenderlos.

c) No poner excesivas exigencias a los niños: “*Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten*” (Col. 3:21).

11. El padre tiene la obligación de mantener a los niños en control

1 Timoteo 3:3-5, 12 dice: “... *no dado al vino, no pendenciero, no codicioso de ganancias deshonestas, sino amable, apacible, no avaro; que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad (pues el que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la iglesia de Dios?) [...]. Los diáconos sean maridos de una sola mujer, y que gobiernen bien sus hijos y sus casas*”.

En este sentido, el padre debe:

a) Ser capaz de gobernar a los hijos ejerciendo autoridad sobre ellos.

b) Enseñarles a respetar la autoridad de Dios delegada a los padres.

c) Formarlos como hijos creyentes, que respetan a Dios, la Palabra y la iglesia.

d) Hacer de sus hijos personas obedientes y respetuosas: “... *el que fuere irreprochable, marido de una sola mujer, y tenga hijos creyentes que no estén acusados de disolución ni de rebeldía*” (Tito 1:6).



12. El padre tiene la obligación de proveer para las necesidades de su familia

El padre debe cubrir tres tipos de necesidades: materiales (comida, techo, abrigo, salud, etcétera), del alma (seguridad, educación, consejo, cariño) y espirituales (la fe, la confesión de pecados, el perdón, el amor, la oración, la esperanza, etcétera).

Es necesario que el padre mantenga una serie de conductas con el fin de suplir todas las necesidades de sus hijos:

a) Cuidar de los suyos: *“... porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo”* (1 Ti. 5:8).

— El padre de familia debe cuidar a su esposa, a sus hijos y a todos los que vivan junto a él, pero sobre todo a su núcleo familiar.

— La fe del esposo se revela en el cuidado que tiene con los de su casa. No podemos decir que amamos la obra de Dios o la iglesia, si no amamos de hecho a nuestra familia, que, por otro lado, es parte de la “familia de Dios”.

— El esposo y padre de familia muestra su fidelidad al Señor en el cuidado de sus hijos y su esposa.

— Es el proveedor del hogar.

b) Sabe dar buenas dádivas a sus hijos: *“Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?”* (Mt. 7:11).

— El padre de familia imita al Padre celestial siendo generoso con sus hijos, por puro amor, sin esperar recompensa. No debe echar en cara ni cobrar lo que da.

— El padre de familia debe mostrar la generosidad y bondad de Dios.

— Las dádivas pueden ser: materiales (ropa especial, juguetes, libros interesantes, etc.); psicológicas (una orientación extra para tener éxito en la vida; una palabra de aliento, etc.); y espirituales (una bendición particular; un mensaje personal de la Palabra de Dios, etc.). Las dádivas, dones o regalos son los bienes extras que otorga el padre a los suyos.

c) Atesora para sus hijos: *“He aquí, por tercera vez estoy preparado para ir a vosotros; y no os será gravoso, porque no busco lo vuestro, sino a vosotros, pues no deben atesorar los hijos para los padres, sino los padres para los hijos”* (2 Co. 12:14).

— El padre guarda reservas de todo tipo (económicas, afectivas, espirituales) para brindarlas a los hijos cuando fuese necesario.

— Es económico y piensa en su vejez y es precavido, no esperando que sus hijos resuelvan sus problemas.

— Apoya a sus hijos en todos sus proyectos, sin ser sobreprotector, sino más bien equilibrado en lo que les brinda.



En conclusión, el padre de familia tiene doce roles:

- 1) Servir como cabeza de la familia.
- 2) Proveer dirección espiritual para su familia.
- 3) Bendecir a sus descendientes.
- 4) Orar por su familia.
- 5) Guiar bien su propia familia.
- 6) Amar, comprender; honrar y ser leal a su esposa.
- 7) Ofrecer instrucción espiritual a los hijos.
- 8) Mostrar cuidado y compasión de los hijos.
- 9) Disciplinar a los hijos.
- 10) No airar ni desesperar a los hijos.
- 11) Mantener a los niños en control.
- 12) Proveer para las necesidades de la familia.

2. El rol de la esposa y madre

Proverbios 31:30 dice: *“Engañosa es la gracia, y vana la hermosura; la mujer que teme a Jehová, esa será alabada”*.

Uno de los roles de la esposa es someterse a Cristo y sujetarse a su marido. La esposa debe sujeción a su marido como a Cristo: *“Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor [...]. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo”* (Ef. 5:22, 24). Podríamos decir que, en verdad, la mujer no se somete al hombre, sino al Señor: se sujeta a su esposo a causa de Jesucristo. Toda determinación importante en la vida familiar debe ser acordada con el esposo. Esto es lo que significa sujetarse al esposo en todo.

La sujeción es conveniente: *“Casadas, estad sujetas a vuestros maridos, como conviene en el Señor”* (Col. 3:18). La sujeción de las esposas no proviene de un capricho de Dios ni es algo que pueda evitarse, sino que Dios en su sabiduría cree que esto es conveniente. No existe en esta relación el sometimiento, pues las esposas solo deben someterse a Cristo, el Esposo de la Iglesia, sin embargo, tiene el rol de estar en sujeción y obediencia a su marido. Este debe decidir todo asunto.

La sujeción tiene un propósito: *“Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos; para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, considerando vuestra conducta casta y respetuosa. Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios.*



Porque así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios, estando sujetas a sus maridos; como Sara obedecía a Abraham, llamándole señor; de la cual vosotras habéis venido a ser hijas, si hacéis el bien, sin temer ninguna amenaza” (1 P. 3:1-6). La conducta de sujeción, obediencia y fidelidad son para la mujer cristiana el mejor testimonio para el incrédulo. La expresión “*sin palabra*” significa “sin argumentos”, sin prédicas o exigencias religiosas por parte de la mujer hacia el hombre, sino tan solo su conducta cristiana, con el fin de ganar al marido para Cristo.

La Palabra de Dios invita a las mujeres a comportarse de manera casta y respetuosa. Con “casta” se refiere a limpia, pura y santa. La mujer debe respetar a su esposo aunque este sea un incrédulo, sin embargo, no debe permitir que la obediencia a su marido ofenda directamente la persona de Cristo. La obediencia al hombre nunca es la pérdida de respeto por ella misma, por ende, la esposa no debe permitir el maltrato de parte de su esposo. Precisamente esto también es someterse a Cristo, pues Cristo vive en ella.

Además, la mujer debe estar preocupada por el atavío o vestimenta espiritual. En este sentido, tiene el rol de cultivar la simpatía, la afabilidad, la humildad y la paz para con los demás. Esto agrada a Dios y al esposo, generando un clima ideal para el acercamiento de otras personas al hogar y a la iglesia.

Existe un claro ejemplo de sujeción en la Biblia: el ejemplo de Sara.

Cuando Dios hizo un pacto con Abraham, cambió el nombre de su esposa Sarai ‘mi princesa’ por el de Sara ‘princesa’, prometiéndole que tendría un hijo de ella, lo que tuvo lugar en su debido tiempo.

Los puntos más notables de la historia de Sara son el consentimiento de la falta de fe que Abraham tuvo frente al faraón, su larga esterilidad, la entrega a Abraham de su sierva Agar, sus celos de Agar y, por último, haber tenido en su vejez a Isaac el “hijo de la promesa”, habiendo así prevalecido su fe sobre su anterior incredulidad: *“Visitó Jehová a Sara, como había dicho, e hizo Jehová con Sara como había hablado. Y Sara concibió y dio a Abraham un hijo en su vejez, en el tiempo que Dios le había dicho. Y llamó Abraham el nombre de su hijo que le nació, que le dio a luz Sara, Isaac” (Gn. 21:1-3).*

Parece haber sido mujer de una belleza singular: *“Y aconteció que cuando estaba para entrar en Egipto, dijo a Sarai su mujer: He aquí, ahora conozco que eres mujer de hermoso aspecto; y cuando te vean los egipcios, dirán: Su mujer es; y me matarán a mí, y a ti te reservarán la vida. Ahora, pues, di que eres mi hermana, para que me vaya bien por causa tuya, y viva mi alma por causa de ti. Y aconteció que cuando entró Abram en Egipto, los egipcios vieron que la mujer era hermosa en gran manera. También la vieron los príncipes de Faraón, y la alabaron delante de él; y fue llevada la mujer a casa de Faraón” (Gn. 12:11-15).*

Como registra la Biblia, Sara fue una esposa ejemplar y fiel, y madre amorosa: *“Y la trajo Isaac a la tienda de su madre Sara, y tomó a Rebeca por mujer, y la amó; y se consoló Isaac después de la muerte de su madre” (Gn. 24:67).* Pedro elogia su docilidad (1 Pedro 3:6) y se da testimonio de su fe



en Hebreos 11:11: *“Por la fe también la misma Sara, siendo estéril, recibió fuerza para concebir; y dio a luz aun fuera del tiempo de la edad, porque creyó que era fiel quien lo había prometido”*. En el Antiguo Testamento, el profeta Isaías dijo: *“Mirad a Abraham vuestro padre, y a Sara que os dio a luz; porque cuando no era más que uno solo lo llamé, y lo bendije y lo multipliqué”* (Is. 51:2).

El Nuevo Testamento habla de ella como un símbolo del nuevo pacto de gracia y fe: *“Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, el otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne; mas el de la libre, por la promesa. Lo cual es una alegoría, pues estas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud; este es Agar. Porque Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, pues esta, junto con sus hijos, está en esclavitud. Mas la Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre. Porque está escrito: Regójate, oh estéril, tú que no das a luz; prorrumpe en júbilo y clama, tú que no tienes dolores de parto; porque más son los hijos de la desolada, que de la que tiene marido. Así que, hermanos, nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa. Pero como entonces el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el Espíritu, así también ahora. Mas ¿qué dice la Escritura? Echa fuera a la esclava y a su hijo, porque no heredará el hijo de la esclava con el hijo de la libre. De manera, hermanos, que no somos hijos de la esclava, sino de la libre”* (Gá. 4:22-31).

Sara murió en Hebrón cuando Isaac tenía 37 años. Contaba con 127 años cuando fue sepultada cerca de Hebrón, en una cueva que Abraham compró en Macpela a Efrón el heteo (Génesis 23).

La esposa tiene además el rol de respetar a su esposo: *“Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido”* (Ef. 5:33). La Biblia ordena al varón amar a su esposa como a sí mismo, a causa de que conforman un solo cuerpo. Sin embargo, a la mujer le ordena respetar la autoridad de su marido. La mujer debe tener respeto, acatamiento y sujeción hacia su esposo. Este respeto se debe a la posición del varón como cabeza de familia.

Además, debe amar a su esposo: *“... que enseñen a las mujeres jóvenes a amar a sus maridos y a sus hijos”* (Tito 2:4). La iglesia debe enseñar a las esposas, sobre todo a las más jóvenes, a amar a sus maridos. En el primer siglo muchos matrimonios eran acordados por razones económicas o religiosas, por lo que el amor no siempre era un elemento preponderante. Esto hacía infeliz a muchos matrimonios. Dios no desea una relación sin amor, puesto que este será el ingrediente principal para el sano crecimiento de los hijos y la unión de los esposos.



La esposa tiene además diferentes roles con sus hijos. En primer lugar, debe cuidar de ellos: “... que tenga testimonio de buenas obras; si ha criado hijos; si ha practicado la hospitalidad; si ha lavado los pies de los santos; si ha socorrido a los afligidos; si ha practicado toda buena obra” (1 Ti. 5:10).

La primera iglesia aconsejó a las viudas en su comportamiento, función y deberes. Entre ellos está el requisito de haber criado hijos. Esto era imprescindible para ser honrada como “viuda” en la comunidad cristiana. La crianza de hijos no era poca cosa, aunque hoy día pueda ser considerado una tarea menor. Quien cría hijos se ocupa de los siguientes aspectos de su desarrollo:

- a) Alimentación.
- b) Educación formal.
- c) Formación en valores y espiritual.
- d) Ropa.
- e) Higiene.
- f) Salud.
- g) Casa y habitación.
- h) Desarrollo personal, entre otros.

Pablo hace un paralelismo del cuidado de los hermanos con el que una madre tiene de sus hijos: “*Antes fuimos tiernos entre vosotros, como la nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos*” (1 Ts. 2:7). Este pasaje señala cómo debe expresarse el amor por los hijos: “cuidar con ternura a sus hijos”. La ternura es un sinónimo de delicadeza, amabilidad y cariño. Se es tierno con aquello que puede romperse fácilmente. Esta es la razón por la que el amor de una madre con sus hijos debe ser tierno, por la delicadeza de los niños en su formación. La brusquedad y dureza pueden formar un individuo temeroso, tímido, inseguro o sin afecto. Por otra parte, la delicadeza excesiva también es nociva, generando hijos dependientes y sin resiliencia (y en algunos casos, varones afeminados).

La nodriza es la mujer que cría a un bebé ajeno, dándole la leche de sus pechos. Por lo tanto, lo cuida como a su propio hijo, con el mismo cariño y atención. El apóstol Pablo amaba a sus discípulos con el mismo afecto. El amor maternal es incondicional y está motivado por un fuerte instinto que lo hace especialmente intenso.

Además de amarlos, la madre debe colaborar en la preparación espiritual de sus hijos: “*Oye, hijo mío, la instrucción de tu padre, y no desprecies la dirección de tu madre*” (Pr. 1:8). Es probable que en un hogar cristiano sea el papá quien instruya a los niños en la fe, a través de un estudio bíblico, un culto familiar mensual o de alguna lección bíblica antes de dormir. Sin embargo, la cercanía de la madre entrega mucho más que “instrucción”, también da dirección a las enseñanzas del padre. La razón es que la madre conoce muy bien a sus hijos y sabe elevar el nivel de esas lecciones de manera práctica. La instrucción entrega ciertos conocimientos, mientras que la dirección encamina al niño a través del



consejo. Tanto la instrucción como la dirección son necesarias y complementarias.

Ambos padres tienen la tarea de preparar a su hijo en el camino espiritual, de encaminar a sus hijos a la fe en Jesucristo. Aunque no podemos obligar a creer a los pequeños, podemos darles ejemplos de vida, testificar acerca del Señor, enseñarles la Palabra de Dios e inculcarles valores cristianos. Sin embargo, deben cuidarse de no caer en la “religiosidad” y transformar la fe en una carga pesada y desagradable para sus hijos: “... y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús” (2 Ti. 3:15).

Timoteo, fue uno de los discípulos de Pablo. Era hijo de madre judía y padre griego. Su madre se llamaba Eunice y su abuela Loida: “... trayendo a la memoria la fe no fingida que hay en ti, la cual habitó primero en tu abuela Loida, y en tu madre Eunice, y estoy seguro de que en ti también” (2 Ti. 1:5). Timoteo había conocido la fe de su madre y de su abuela judeocristianas. Este joven representaba la generación que seguiría a la era apostólica. Sin duda, su vida es un buen ejemplo de los frutos que dan la buena instrucción y dirección de una madre cristiana.

Ya vimos que una esposa debe amar a su esposo, pero además debe amar a sus hijos: “... que enseñen a las mujeres jóvenes a amar a sus maridos y a sus hijos” (Tito 2:4). La Biblia ordena a las ancianas que enseñen a las esposas a amar a sus esposos y a sus hijos. En una época donde el matrimonio era concertado por los padres, el amor tenía que ser realmente una decisión.

El amor a los hijos, sin embargo, debe llevarse a cabo como un servicio a Dios.

En el antiguo Israel los hijos eran considerados un regalo de Dios: “*Que sean nuestros hijos como plantas, que crecen en su juventud. Nuestras hijas como pilares, esculpidas como las de un templo*” (Sal. 144:12). Jesucristo dijo: “*Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos*” (Mt. 19:14).

El rol de la mujer no solo alcanza la familia, sino también la sociedad. Por ejemplo, la Biblia invita a la mujer a ser virtuosa: “*Mujer virtuosa, ¿quién la hallará? Porque su estima sobrepasa largamente a la de las piedras preciosas. El corazón de su marido está en ella confiado, y no carecerá de ganancias. Le da ella bien y no mal todos los días de su vida*” (Pr. 31:10-12).

El término “virtuoso” significa que domina de modo extraordinario la técnica de su instrumento. Es por eso por lo que podemos decir: “es un virtuoso del violín” o es “un virtuoso de la pintura” o “maneja la pluma con virtuosismo”. Sin embargo, cuando la Biblia nos habla de la “mujer virtuosa” se refiere a las virtudes que reúne, muy necesarias para llevar a cabo su rol de esposa.

Según la Palabra de Dios, no es fácil encontrar una mujer “virtuosa”. Esta mujer es de tan alta estima para el hombre que es más valiosa que las piedras preciosas. Dios pensó que no era bueno que el hombre estuviese solo, y creó para él una ayuda idónea.



Este ser maravilloso fue creado para acompañar al varón en su tarea de cultivar, guardar y nombrar la creación. Proverbios señala que el esposo de una mujer virtuosa confía en ella y en sus capacidades. Sus virtudes traen ganancias de todo tipo a la familia y ella solo brinda alegría y satisfacción al hogar.

La mujer virtuosa es aquella que siempre está dispuesta a actuar según la ley de Dios y sus principios, es decir, que desea andar en Su voluntad escrita en Su Palabra.

La mujer cristiana, como todo discípulo de Jesucristo debe desarrollar una serie de virtudes, pero hay una que Dios le pide de manera especial: *“Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos; para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, considerando vuestra conducta casta y respetuosa. Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios. Porque así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios, estando sujetas a sus maridos; como Sara obedecía a Abraham, llamándole señor; de la cual vosotras habéis venido a ser hijas, si hacéis el bien, sin temer ninguna amenaza”* (1 P. 3:1-6).

Las mejores virtudes de una mujer, según la Biblia, son:

- a) La sujeción al esposo: *“Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos”*.
- b) La coherencia: *“... para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas”*.
- c) La pureza moral: *“... considerando vuestra conducta casta...”*.
- d) El respeto: *“... considerando vuestra conducta [...] respetuosa”*.
- e) La sencillez: *“Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos”*.
- f) La afabilidad: *“... sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable [...], que es de grande estima delante de Dios”*. Con “afable” se refiere a ser agradable, dulce y suave en la conversación y el trato.
- g) La apacibilidad: *“... sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu [...] apacible, que es de grande estima delante de Dios”*. La mujer de carácter “apacible” es mansa, dulce y agradable en la condición y el trato. Es una persona tranquila y agradable.
- h) La esperanza en Dios: *“Porque así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios...”*.
- i) La fe sincera y auténtica: *“... trayendo a la memoria la fe no fingida que hay en ti, la cual habitó primero en tu abuela Loida, y en tu madre Eunice, y estoy seguro de que en ti también”* (2 Ti. 1:5). Esta es una fe “no fingida”.



La mujer cristiana ha sido llamada por Dios a ser un testimonio de las más hermosas virtudes de Jesucristo a sus hijos, esposo y sociedad.

Por otra parte, la esposa y madre cristiana debe ser fructífera: *“Tu mujer será como vid que lleva fruto a los lados de tu casa; tus hijos como plantas de olivo alrededor de tu mesa”* (Sal. 128:3). La primera parte del versículo habla de la esposa y la segunda de los hijos. Cuando se refiere a ella la compara con una vid fructífera que favorece a su casa o familia; cuando habla de los hijos los compara con olivos alrededor de la mesa familiar.

La vid tiene el significado bíblico de caridad: *“Ahora cantaré por mi amado el cantar de mi amado a su viña. Tenía mi amado una viña en una ladera fértil. La había cercado y despedregado y plantado de vides escogidas; había edificado en medio de ella una torre, y hecho también en ella un lagar; y esperaba que diese uvas, y dio uvas silvestres. Ahora, pues, vecinos de Jerusalén y varones de Judá, juzgad ahora entre mí y mi viña. ¿Qué más se podía hacer a mi viña, que yo no haya hecho en ella? ¿Cómo, esperando yo que diese uvas, ha dado uvas silvestres?”* (Is. 5:1-4). Por otra parte, las uvas representan el amor y sus frutos. El gran amor de la esposa por el esposo y sus hijos trae grandes beneficios al hogar y da mucho fruto. Su amor es fructífero, productivo, pues tiene la virtud de producir. No es un amor vacío o solo de palabras.

El olivo representa en la Biblia la paz entre Dios y el hombre. Jehová estableció un pacto con Noé donde prometió no volver *“... a maldecir la tierra por causa del hombre; porque el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud; ni volveré más a destruir todo ser viviente, como he hecho. Mientras la tierra permanezca, no cesarán la sementera y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, y el día y la noche”* (Gn. 8:21-22). Además de la paz, esta planta representa la bendición de Dios. Tanto los sacerdotes como los reyes eran ungidos con aceite de oliva. También se encendían con este aceite las luces de las tiendas y el tabernáculo (Éxodo 30:24; 27:20).

Las plantas de olivo son exuberantes y están clasificados como los árboles más valiosos de Palestina.

La mujer debe ser también hacendosa: *“Mujer virtuosa, ¿quién la hallará? Porque su estima sobrepasa largamente a la de las piedras preciosas. El corazón de su marido está en ella confiado, y no carecerá de ganancias. Le da ella bien y no mal todos los días de su vida. Busca lana y lino, y con voluntad trabaja con sus manos. Es como nave de mercader; trae su pan de lejos. Se levanta aun de noche y da comida a su familia y ración a sus criadas. Considera la heredad, y la compra, y planta viña del fruto de sus manos. Ciñe de fuerza sus lomos, y esfuerza sus brazos. Ve que van bien sus negocios; su lámpara no se apaga de noche. Aplica su mano al huso, y sus manos a la rueca. Alarga su mano al pobre, y extiende sus manos al menesteroso. No tiene temor de la nieve por su familia, porque toda su familia está vestida de ropas dobles.*



Ella se hace tapices; de lino fino y púrpura es su vestido. Su marido es conocido en las puertas, cuando se sienta con los ancianos de la tierra. Hace telas, y vende, y da cintas al mercader. Fuerza y honor son su vestidura; y se ríe de lo por venir. Abre su boca con sabiduría, y la ley de clemencia está en su lengua. Considera los caminos de su casa, y no come el pan de balde. Se levantan sus hijos y la llaman bienaventurada; y su marido también la alaba: muchas mujeres hicieron el bien; mas tú sobrepasas a todas. Engañosa es la gracia, y vana la hermosura; la mujer que teme a Jehová, esa será alabada. Dadle del fruto de sus manos, y alábenla en las puertas sus hechos” (Pr. 31:10-31).

Esta descripción muestra las cualidades de una buena esposa.

El sentido de la expresión “virtuosa” corresponde a una “mujer hacendosa”, lo mismo que en el pasaje de Rut: *“Ahora pues, no temas, hija mía; yo haré contigo lo que tu digas, pues toda la gente de pueblo sabe que eres mujer virtuosa”* (Rut 3:11). Una mujer como esta es de valor inestimable.

En modo de conclusión, podemos decir que la mujer cristiana es una discípula de Jesucristo que cree en los mandamientos de Dios y se esfuerza por poner en práctica sus principios. El rol de la mujer en la familia es:

- 1) Someterse a Cristo y sujetarse al marido.
- 2) Respetar a su esposo.
- 3) Amar a su esposo.
- 4) Cuidar de sus hijos.
- 5) Colaborar en la preparación espiritual de sus hijos.
- 6) Amar a sus hijos.
- 7) Ser virtuosa.
- 8) Ser productiva.

Estas virtudes deberían ser estudiadas y desarrolladas a diario por todas aquellas mujeres que desean ser amadas y respetadas por sus esposos, familias y sociedad.

3. El rol de los hijos

Éxodo 20:12 dice: *“Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da”*. La Biblia enseña a los hijos a honrar a sus padres. Honrar es respetar, obedecer, enaltecer o premiar un mérito. Los hijos están llamados a dar honor a quienes los trajeron a la vida.

Gracias a nuestros padres existimos, fuimos alimentados, formados y educados. Ellos merecen toda nuestra honra, pues nos dieron la vida. Sea cual sea su comportamiento, merecen nuestro respeto. El niño debe respetarlos y obedecerlos, salvo en casos extremos, cuando alguno de los padres ordena algo peligroso o inaceptable.



Todo hijo debería enaltecer y premiar a sus padres, sobre todo cuando se es adulto. En la niñez es una obligación y en la adultez es un deber moral.

Efesios 6:2-3 cita el pasaje de Génesis: *“Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra”*. El apóstol Pablo señala que es el primer mandamiento con promesa. Honrar a los padres es saludable para el alma, ya que somos agradecidos con quienes nos dieron la vida, hacemos sentir amados y reconocidos a nuestros progenitores y sembramos para nuestro futuro como padres: *“Pero esto digo: El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará”* (2 Co. 9:6).

Proverbios 31:28 dice: *“Se levantan sus hijos y la llaman bienaventurada; y su marido también la alaba”*. Los hijos deben reconocer y honrar a sus padres. ¿Por qué llaman bienaventurada a su madre? La mayor honra que los seres humanos podemos recibir es disfrutar de las bienaventuranzas. Nombrar a alguien como “bienaventurada” es darle gran honor.

Los hijos deben además obedecer las instrucciones de sus padres: *“El día que estuviste delante de Jehová tu Dios en Horeb, cuando Jehová me dijo: Reúneme el pueblo, para que yo les haga oír mis palabras, las cuales aprenderán, para temerme todos los días que vivieren sobre la tierra, y las enseñarán a sus hijos”* (Dt. 4:10). Es deber de todo padre entregar las enseñanzas de Dios a sus hijos, y es deber de los hijos escucharlas y obedecerlas. Por otra parte, tanto los padres como los hijos deben obedecer las instrucciones de Dios.

Proverbios 1:8-9 dice: *“Oye, hijo mío, la instrucción de tu padre, y no desprecies la dirección de tu madre; porque adorno de gracia serán a tu cabeza”*. El hijo debe oír al padre y considerar con gran respeto las enseñanzas de su madre, esto trae grandes beneficios para la vida, sobre todo si son criados conforme a los pensamientos de Dios.

Más adelante, dice en Proverbios: *“Hijo mío, no te olvides de mi ley, y tu corazón guarde mis mandamientos; porque largura de días y años de vida y paz te aumentarán”* (Pr. 3:1-2). Un hijo jamás debe olvidar las enseñanzas de sus padres, al igual que el hijo de Dios no debe menospreciar ni olvidar Su ley. Cada uno de los mandamientos deberían ser guardados en el corazón para tener una larga vida, buena salud y paz.

Salmos 34:11 dice: *“Venid, hijos, oídme; el temor de Jehová os enseñaré”*. No hay cosa más bella en la tarea de un padre y una madre que enseñar a sus hijos el reverente temor al Señor. Por su parte, los hijos deben apreciar tal entrega. Lo mejor que un hijo puede heredar de sus padres es la fe en Jesucristo.

Proverbios 6:20 dice: *“Guarda, hijo mío, el mandamiento de tu padre, y no dejes la enseñanza de tu madre”*.



El hijo debe guardar el mandamiento y enseñanza de sus padres. No debería descartar aquellos principios que con tanto amor sus padres sembraron en su vida. Los padres siempre anhelan lo mejor para sus hijos, por lo tanto, es importante que se atesoren estos consejos como si vinieran de Dios: *“Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo”* (Ef. 6:1); *“Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto agrada al Señor”* (Col. 3:20).

La honra a los padres agrada a Dios. Él se contenta con los hijos obedientes. Hay una línea muy delgada entre la fe y la obediencia. La fe en Dios implica la obediencia a las autoridades. En el ámbito familiar, los padres ejercen un rol de autoridad.

Proverbios 23:22 dice: *“Oye a tu padre, a aquel que te engendró; y cuando tu madre envejeciere, no la menosprecies”*. La primera cláusula tiene un enfoque en el pasado *“aquel que te engendró”*, mientras que la segunda está orientada al futuro *“cuando tu madre envejeciere”*. El Señor nos ordena escuchar y respetar a nuestros padres durante toda nuestra vida. A pesar de que en un momento nos independizamos y pasamos a tomar nuestras propias decisiones, con independencia del consejo de nuestros padres, nunca debemos rechazarlos ni dejar de escucharlos. Por otra parte, Dios nos manda a cuidar a nuestros padres: *“Pero si alguna viuda tiene hijos, o nietos, aprendan éstos primero a ser piadosos para con su propia familia, y a recompensar a sus padres; porque esto es lo bueno y agradable delante de Dios”* (1 Ti. 5:4).

Hay un deber de gratitud de los hijos hacia los padres. La Biblia enseña que tanto los hijos como los nietos deben aprender a demostrar su piedad con la familia. Esto es lo que Dios nos pide. Así como los padres cuidan a sus hijos en la infancia y juventud, los hijos deben cuidar a sus padres en la ancianidad.

Para ver todo nuestro contenido visítenos en:

<https://www.llamadaweb.org/>

Le recomendamos conocer nuestra literatura disponible:

<https://www.llamadaweb.org/tienda/>

¡Síguenos en nuestras redes sociales!

